

La cabra del señor Seguin explica a los tres cerditos que tanto ella como la Caperucita Roja han estado esperando al lobo, ¡y no se ha presentado!

-Pero ¿cómo es posible?

-¡El lobo se ha declarado en huelga!

ISBN: 978-84-261-4369-3



www.editorialjuventud.es

C. PERNAUDET · S. CHEBRET

EL LOBO HACE HUELGA



EL LOBO HACE HUELGA

CHRISTOPHE PERNAUDET
SÉBASTIEN CHEBRET

Editorial  Juventud

Para Aure, para siempre.

C. P.

Para Marc Calixte y Radost.

S. C.

Título original: ARRÊTE DE BOUDER
Autores: Christophe Pernaudet y Sébastien Chebret

© Éditions Les P'tits Bérets, Morlanne (Francia), 2014
Los derechos en castellano han sido contratados mediante S.B. Rights Agency

© de la traducción castellana:
EDITORIAL JUVENTUD, S. A., 2016
Provença, 101 - 08029 Barcelona
info@editorialjuventud.es
www.editorialjuventud.es
Traducción de Susana Tornero

Primera edición, 2016
Segunda edición, 2017

ISBN 978-84-261-4369-3

DL B 12.705-2016
Núm. de edición de E. J.: 13.455

Impreso en España - *Printed in Spain*
Grafilur, Avd. Cervantes 51 - 48970 Basauri (Bizkaia)

Prohibida la reproducción, la transmisión total o parcial de este libro bajo cualquier forma ni por ningún medio, electrónico ni mecánico (fotocopia, registro o cualquier tipo de almacenamiento de información o sistema de reproducción), sin el permiso escrito de los titulares del copyright.

Christophe Pernaudet

Sébastien Chebret

EL LOBO HACE HUELGA



Editorial **EJ** Juventud

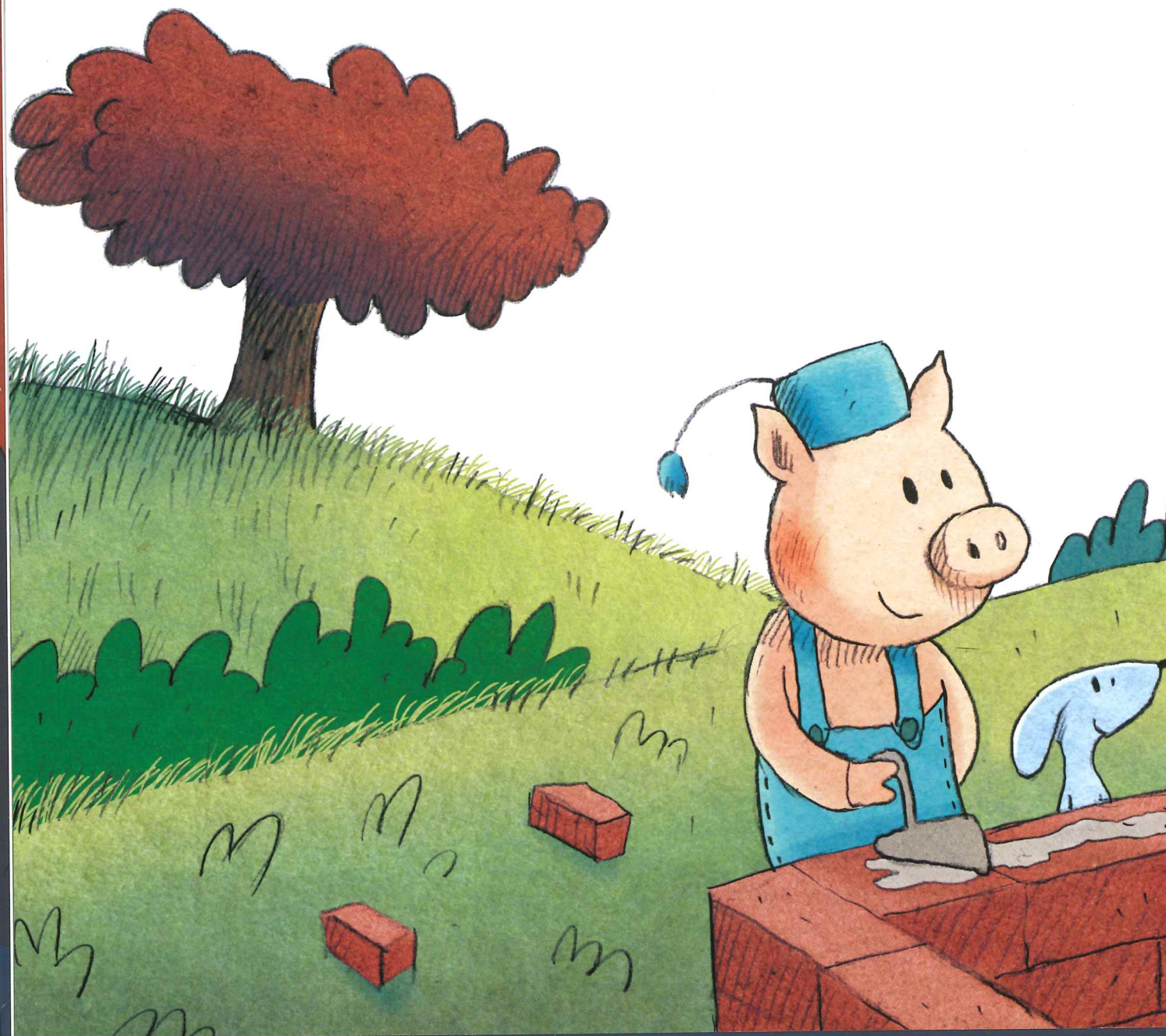
Provença, 101 - 08029 Barcelona

Había una vez... ¿No es así como empiezan los cuentos para niños?
Había una vez, pues, unas cuantas historias que por desafortunadas
circunstancias se mezclaron hasta formar una sola.

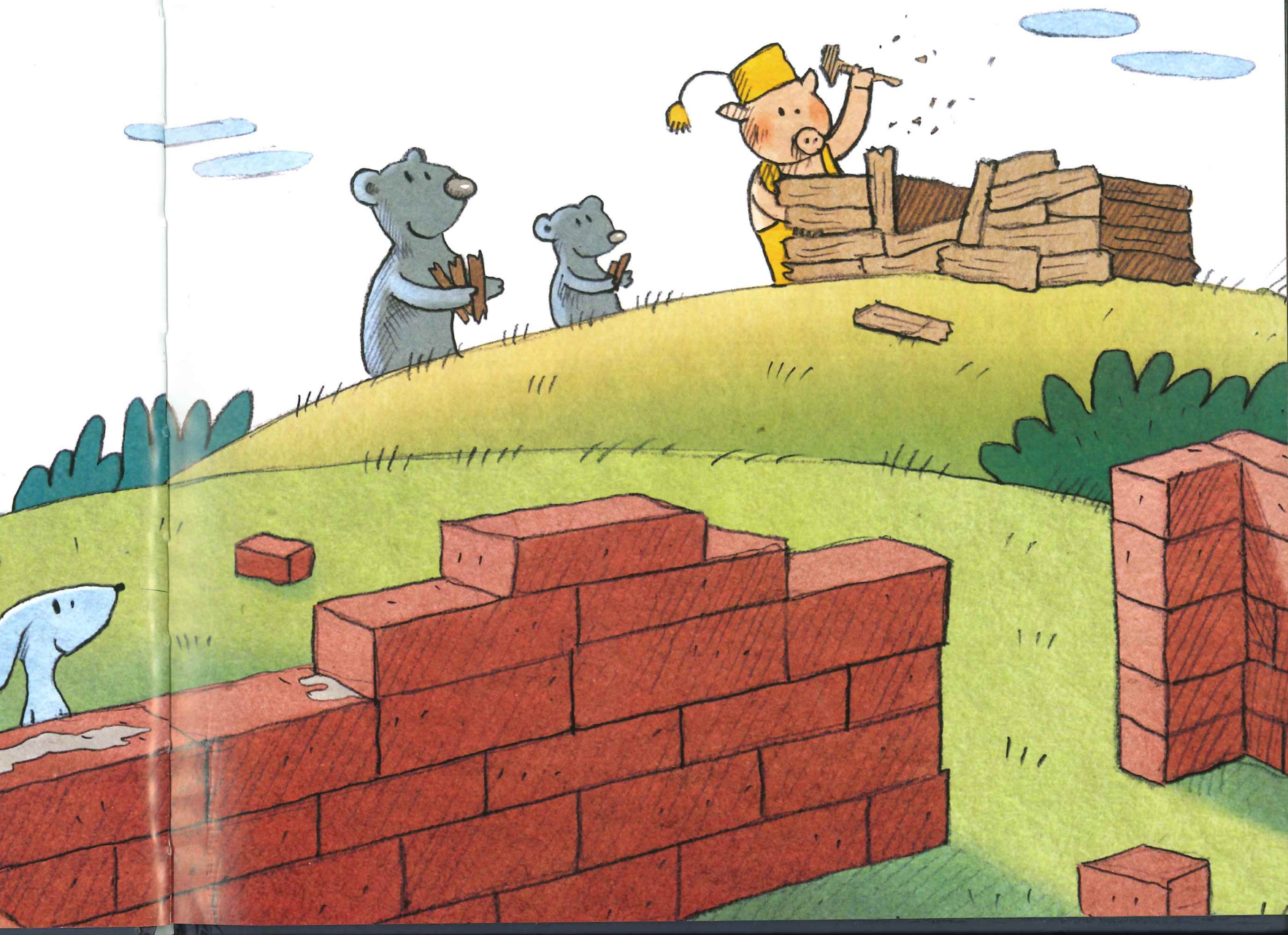


Una hermosa mañana de verano, tres cerditos construían cada uno su casa.
El primero, Kif-Kif, reunía briznas de paja para fabricar su choza. Una construcción
vulnerable, sí, pero que tenía la ventaja de ser práctica y fácil de montar.

El segundo, Paf-Paf, reunía trozos de madera. Su cabaña sería menos frágil y no saldría volando al primer soplo de viento.



El tercero, Cus-Cus, había decidido construir su casa con ladrillos: sólida y bien aislada. Una vez dentro, ya no le preocuparía ni la lluvia, ni la nieve, ni el calor del verano, ni la escarcha del invierno.



Acabaron las obras, y cada uno se disponía a entrar alegremente en su casita.
Pero de repente apareció, muy nerviosa, la cabra del señor Seguin.



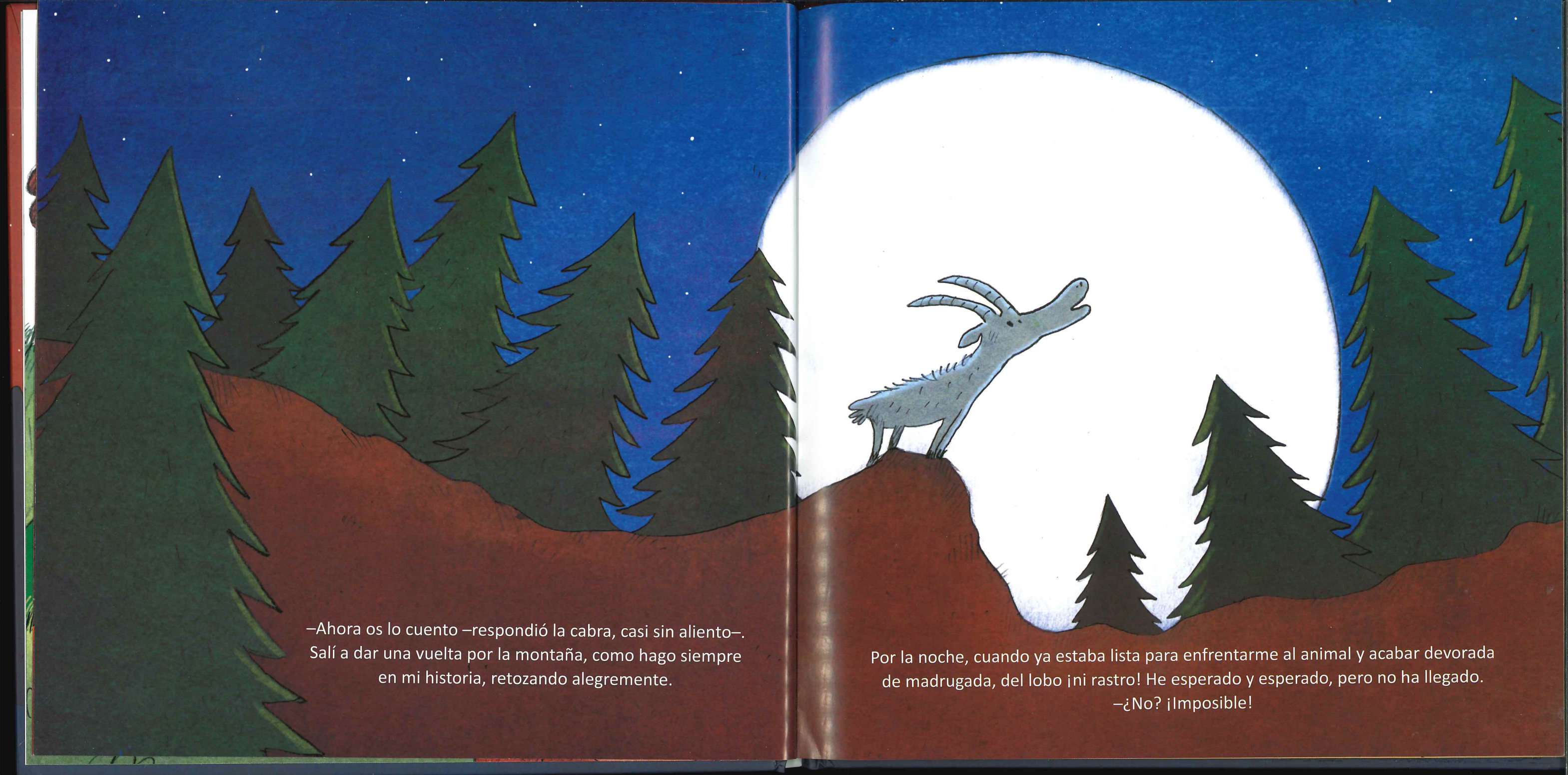
—¡El lobo! ¡El lobo! ¡El lobo!

—¿Qué pasa con el lobo? —respondieron los tres cerditos, confiados—.

Que venga el lobo: nosotros ya tenemos donde escondernos.

—El lobo... —siguió la cabra, muy alterada— ¡ha decidido hacer huelga!

—¡Pero esto es terrible! —exclamaron todos a la vez—. ¿Cómo es posible?



—Ahora os lo cuento —respondió la cabra, casi sin aliento—.
Salí a dar una vuelta por la montaña, como hago siempre
en mi historia, retozando alegremente.

Por la noche, cuando ya estaba lista para enfrentarme al animal y acabar devorada
de madrugada, del lobo ¡ni rastro! He esperado y esperado, pero no ha llegado.
—¿No? ¡Imposible!

–Tal como os lo cuento.

Entonces, preocupada, he bajado hasta el valle,
y allí he encontrado a Caperucita Roja.

Venía de casa de su abuelita, donde, después de esperar mucho rato,
las dos se han rendido ante la evidencia: el lobo no aparecería.

La pequeña heroína ha querido asegurarse de que el lobo no estaba
enfermo, y ha ido a su casa.





»Y el lobo ha pedido a Caperucita Roja que hiciera circular la información:
harto de hacer siempre el papel de malo en los cuentos populares,
ha decidido de forma unilateral hacer huelga hasta que esto cambie.



La noticia trastornó a los tres cerditos.
Y como no podían dejar así las cosas,
convocaron una asamblea general de personajes
de cuento para decidir juntos qué medidas
tomar ante tal situación.

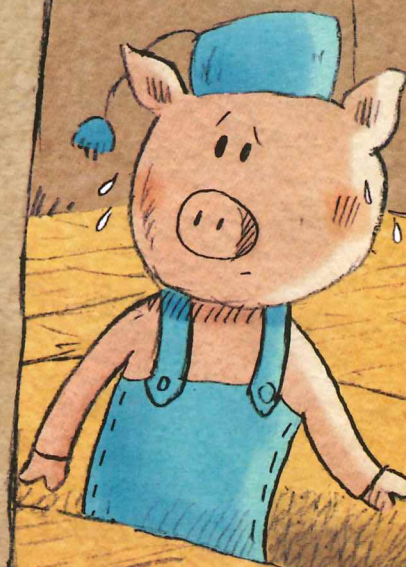


La casa de ladrillos reunió a un montón de protagonistas de cuentos llegados de todas partes. Como muestra de solidaridad, personajes que nunca habían tenido nada que ver con el lobo también decidieron colaborar. Así pues, se reunieron la Bella Durmiente del bosque, el mago Merlín, Peter Pan, Alicia del país de las maravillas y muchos otros. Había que reaccionar con rapidez. Los niños no podrían aguantar mucho tiempo con las historias bloqueadas de esta forma. Pero seguro que entre todos los personajes encontrarían una buena base para el diálogo. Pasado el primer momento de desaliento, se tomó la decisión de iniciar las negociaciones.



La manifestación de personajes de cuento iría hasta la casa del lobo, gritando algunas consignas. Después, un mediador entraría en su casa para parlamentar e intentar solucionar el problema amistosamente.

—¡Vamos allá! —dijo Cus-Cus, el más listo de los tres cerditos. Dicho y hecho. La delegación fue hacia el bosque donde se encontraba el huelguista. En cuanto la comitiva llegó delante de la casa del lobo, Cus-Cus se adelantó y abrió la puerta de su guarida para parlamentar.



—¡Hola, hola! ¿Estás ahí?

—¡Déjame en paz, Cus-Cus!

—Venga, lobo, no estés enfadado.

—¡Es que estoy pero que muy harto de ser siempre el malo de la historia!

—Ya lo sé, pero piensa un poco en los niños:
¡ellos quieren que seas tú el que los asustes!

Fuera, la delegación estaba preocupada. ¿Y si el lobo ya no quería volver a hacer de malo?
¿Quién lo haría? ¿Caperucita Roja? Demasiado pequeña. ¿Las siete cabritas?
Demasiado tiernas. ¿Los tres cerditos? Demasiado rosas. ¿Ricitos de oro?
No era su cuento, y ya tenía más que suficiente con los tres osos.





–Pero ¿por qué yo? –lloriqueaba el lobo.

–¡Mírate! Eres fuerte, eres listo... ¡Y además, mira qué ojos, qué orejas, y qué dientes tan grandes tienes!

–Me halagas, mi buen Cus-Cus.

–Créeme, los niños confían en ti para que los aterrices. ¡No puedes decepcionarlos ahora!

El cerdo había dado con las palabras adecuadas. Emocionado, el lobo aceptó replantearse su decisión y pidió unos minutos para reflexionar.



Fuera, los ánimos empezaban a caldearse. Cus-Cus se dirigió a sus compañeros e hizo una valoración positiva de la situación. No habría que esperar mucho.



No obstante, algunos seguían nerviosos.

Sobre todo, porque empezaba a caer la noche.

Poco después, la puerta de la guarida se entreabrió lentamente. Los ojos del lobo brillaron en la penumbra. Los primeros rayos de luna se reflejaron sobre el esmalte de sus afilados dientes. Había pasado la hora de cenar y estaba hambriento. Rápidamente, muy rápidamente, todo el mundo llegó a un acuerdo.

